E. GÓMEZ DE BAQUERO («ANDRENIO»)

DOS MUERTOS ILUSTRES: BALART, VALERA

Al duelo por Balart ha seguido bien pronto otro mayor para las letras españolas. La muerte de D. Juan Valera, ocurrida el 19 de abril, se ha llevado del mundo de los vivos a una de las más grandes figuras literarias españolas del siglo XIX, que hubiera sido personalidad eminente y principal aun en otro país de literatura más rica y variada, o en otra época de mayor florecimiento de las letras. Valera, francés, hubiera alternado dignamente con los grandes escritores del país vecino; Valera, nacido en España, en el siglo de oro, no hubiera desmerecido junto a los príncipes del ingenio de aquellas generaciones brillantes.

Aunque Valera ha muerto en edad avanzada, no conoció en lo espiritual la decadencia que traen los años. Los epítetos con que se honra a la vejez como a una ruina venerable, parecían fuera de lugar aplicados a aquel ingenio que se conservó fresco y lozano hasta el final de su vida, desafiando las injurias del tiempo. Un mes antes de su muerte se publicaba su último libro, *Terapéutica social,* y la muerte puede decirse que le sorprendió dictando su último trabajo: el discurso con que pensaba contribuir al centenario del *Quijote.* La vida fue en cierto modo generosa con aquel espíritu que la había amado con sereno optimismo griego, conservándole hasta el final la fuerza creadora de la juventud y eximiéndole de las tristezas del desmoronamiento senil de las facultades. Más rigurosa en lo físico, la ancianidad le privó de la vista en sus últimos años, pero la clara luz de los ojos del espíritu debió de consolarle algo de aquella aflicción.

De Valera han escrito muchos literatos y críticos notables: Menéndez Pelayo, Cánovas, Alcalá Galiano, Fernández de

Guerra y otros escritores de las dos generaciones de que fue contemporáneo D. Juan, trataron más o menos extensamente de estos o aquellos de sus escritos. Tales escritos han sido leídos por cuantos leen literatura en España, y los conocen todos los que prestan alguna atención a nuestras letras. Se comprenderá que, dados estos antecedentes, sería pretensión excesiva la de improvisar aquí en unos cuantos párrafos un estudio crítico de Valera que añadiese algo a lo ya dicho acerca de sus obras. Lo que sigue tiene, pues, meramente el carácter de recuerdo y homenaje.

Valera fue poeta erudito y traductor esmerado y elegante de otros poetas famosos; autor de rimas de clásica corrección, en que el buen gusto y la pulcritud de la forma superan, sin duda, al fuego de la inspiración poética. Fue también filósofo, aunque no escribiera tratados sistemáticos de filosofía. Filosofando más aguda y profundamente que muchos de los que han escrito libros de ese género, diseminó sus meditaciones en sus trabajos de crítica y en sus mismas novelas. Sobre todo, fue crítico y novelista. A estos géneros pertenecen las mejores de sus obras, las que mayormente han contribuido a su fama. No he de citarlas, por lo conocidas que son. En las biografías de Valera, en las enciclopedias corrientes y hasta en cualquier catálogo de librería, se encuentra noticia de ellas.

Fue Valera un artista de la forma. Ningún prosista castellano del siglo XIX le supera. El que más, podrá aspirar a igualarle, y aun es dudoso. Había conservado la pureza y elegancia del castellano clásico, adaptándolas a los giros y modo general de decir en los días actuales. Era un clásico sin afectación ni arcaísmo. Unió a la nobleza del habla en frases y vocablos la naturalidad, consorcio raro y feliz. Su léxico era rico, ligera y gallarda la marcha de la frase, clara y armoniosa la construcción. Su estilo no tenía nada de la hinchazón oratoria común en escritores españoles, ni aun cuando trataba de las más graves cuestiones. Era tan buen hablista como cualquiera de los excelentes de nuestros siglos XVI y XVII, pero sin imitarlos servilmente, ni pretender retrotraer el castellano actual al que se hablaba entonces.

Al buen decir unía el agudo y sagaz pensar. No fue uno de esos escritores que repiten con corrección y elegancia pensamientos vulgares y cosas de poca substancia, ganando a veces con ello fama de amenos y notables literatos. Valera tenía un ingenio vivo, penetrante y curioso, al que solicitaba a discurrir cualquier objeto, cualquier libro, hasta los libros triviales y malos, de que sacó excelentes disertaciones críticas. Aquel gran entendimiento

era prolífico y fácil para el alumbramiento. A la manera de los filósofos antiguos, que filosofaban conversando en la plaza pública, en los banquetes o ambulando por jardines y paseos, Valera filosofaba también en las conversaciones que entablaba con el público a propósito de cualquier libro, o hacía filosofar a los personajes de sus novelas con motivo de los sucesos que les iban ocurriendo.

A esta claridad y actividad naturales de su inteligencia ayudaba y servía la extensa y profunda cultura de Valera. Al sólido conocimiento de las Humanidades, adquirido o empezado a adquirir en época en que aún se estudiaban en España, fue sumando el ilustre autor de *Pepita Jiménez* en el curso de su dilatada vida numerosas y variadas lecturas de autores selectos antiguos y modernos. Puede decirse que le eran conocidas, en sus principales autores, todas las grandes literaturas, desde las más remotas en la historia. Al estudio de las Letras unió el de la Filosofía y el de las ciencias del hombre y de la sociedad, si bien el tipo de su cultura fue siempre el del humanista, y todos los conocimientos tendían en su espíritu a servir a fines estéticos. Este saber de Valera no fue un saber almacenado en la memoria, sino un saber que hizo suyo, que se incorporó, sacando de él los elementos que mejor convenían a sus gustos y a las tendencias de su espíritu. Su entendimiento no era puramente receptivo, sino activo; y los conocimientos que a él llegaban, en vez de quedar allí inertes como un estrato mental, eran como un fermento que activaba la producción del pensamiento propio.

Valera no era un especialista en ninguna de las disciplinas humanas. Era un espíritu abierto y enciclopédico en todo lo referente a las ciencias del espíritu. No era un sabio en el sentido moderno, que lleva aneja la noción del profesor y del especialista, sino en el sentido antiguo, que daba más flexibilidad al concepto del saber y no le imponía métodos tan rigurosos, pero en cambio le dejaba más amplios horizontes, sin encerrarle en el círculo de una especialidad. Era uno de los españoles que habían leído más y mejor, y todavía, después de empaparse en las obras de los maestros, tuvo humor para leer u hojear al menos muchos librillos insignificantes y disertar sobre ellos, realizando en sus disertaciones milagros de trasmutación, como los que persiguieron los alquimistas, pues sacaba oro de ley, con sus comentarios, de aquella ruin materia.

Por lo mismo que el saber de Valera era sólido, *propio,* incorporado a su espíritu, y por la misma tendencia estética que

en él predominaba y que daba el tono a todas sus obras, jamás hubo en éstas el menor asomo de pedantería ni ostentación de conocimientos. Valera no era dómine, ni esclavo del criterio de autoridad, ni citaba nunca por citar y fuera de propósito, sino cuando la cita venía a cuento, cuando era oportuna y hasta contribuía a la amenidad. Se alababa con razón el saber de Valera, que tanto le distinguía de la incultura de muchos de nuestros escritores, ayunos en particular de lo clásico; pero todavía esa incultura, cuando ha ido acompañada del buen sentido necesario para no hablar de lo que se ignora, es más disculpable y menos molesta que la pseudo-cultura ridícula de que ahora se alardea a menudo, gracias al atrevimiento inaudito que ha desarrollado el periodismo industrial. Es cosa de risa leer ciertos artículos que se publican atiborrados de citas traídas por los cabellos, y en que a lo mejor padece hasta la ortografía de los nombres propios. Los cocheros de punto y los tenderos de ultramarinos que lean tales escritos, si los leen, pues suelen ser bastante aburridas esas lucubraciones, puede que queden convencidos de que el autor es un pozo de ciencia; pero el que sabe algo de la materia, aunque sea un estudiante de la Universidad, no puede menos de reírse a mandíbula batiente de estos eruditos de *doublé* que ponen en acción el conocido cuento del arquitrabe hablando de cosas que no se les alcanzan y de autores a quienes no han leído y sólo conocen por muy incompletas referencias, lo cual no impide que los traten con la mayor familiaridad, todo por darse aire de leídos y estudiosos. El Don Hermógenes de Moratín es un portento de sabiduría, de discreción y de modestia comparado con estos Hermogenillos que hacen desear las disciplinas de un crítico avinagrado y feroz. Dígase si donde la desaprensión y la osadía abundan tanto como falta la cultura no ha de ser caso de pasmo el de una erudición tan completa y usada con tanta modestia y tino como la del Sr. Valera.

Como crítico fue Valera extremadamente benévolo. Era poco amigo de mortificar a nadie. Las buenas maneras de su estilo no le permitían más que cierta zumba cortés. Para ser crítico virulento se necesita algo de mala educación y de bilis, y D. Juan era modelo de buena crianza, optimista y alegre. Pero no creo yo que su extremada blandura obedeciese sólo a benignidad y cortesía, ni tampoco opino, como han pensado algunos, que los elogios que prodigó fuesen guasa pura, aunque a veces usara moderadamente de ella. Tal vez influyó más que todo esto el modo que tenía Valera de entender la crítica. No era un crítico magistral.

No era la suya una crítica judicial atareada en repartir premios y castigos. La crítica era para él disertación; el libro, motivo u ocasión para disertar. Como su ingenio sutil descubría frecuentemente en libros medianos y malos estos motivos y ocasiones para amenos discreteos y sagaces observaciones, no es raro que tratase benignamente a los autores, perdonándoles lo malo que habían hecho en gracia al pie que le habían dado para lucir su agudeza y buen entendimiento. Su crítica no era una crítica adjetiva, sino sustantiva, en que el crítico se sobreponía luego a lo criticado; y esta clase de crítica no es natural que sea muy rigurosa y severa, puesto que para ella lo que critica es sólo un punto de partida, una estación donde se embarca el crítico para los campos de la divagación filosófica o literaria.

Como novelista, Valera no había aceptado los procedimientos que hoy privan en la novela moderna. Seguía fiel a las normas antiguas. Era un novelista narrativo, historiador y aun historiador pragmático, aficionado a reflexiones. No se eclipsaba dejando solos a sus personajes con el público. No escribía novela objetiva, *representativa* de acciones, en vez de ser narradora de ellas. Y el triunfo grande de su ingenio y de su intuición artística consistió en que con métodos menos perfectos que los de la novela moderna, con moldes viejos, como suele decirse, hizo obras llenas de hermosura y de vida, dotadas de los más preciados dones de la gracia artística.

Por esta presencia del autor, las novelas del Sr. Valera se parecen algo, aunque los asuntos sean, naturalmente, distintos, y hasta lo sean las épocas en que acaece la fábula, pues en sus cuentos y novelitas de corta extensión trató D. Juan asuntos históricos o revestidos de cierto ambiente histórico. Al principio se repitió algo, como se ve en la semejanza de *Doña Luz* con la incomparable *Pepita Jiménez,* pero después fue dando mayor variedad a sus ficciones. A los problemas de la ascética y a los casos de conciencia de la teología moral cristiana, a que tan inclinado se mostró el autor en sus primeras novelas, había sucedido después cierta tendencia teosófica, revelada, por ejemplo, en *Morsamor* y *Garuda o la cigüeña blanca,* entre otras obras. La curiosidad del espíritu de Valera no desdeñaba los residuos de ocultismo que quedan en los tiempos modernos; y a juzgar por las frecuentes alusiones que a ella hace, la teosofía explicada por la famosa Elena P. Blavatsky debió de interesarle singularmente.

Sería cosa de no acabar si nos metiésemos ahora en un examen detenido de las novelas del Sr. Valera. Resplandecía en

ellas, tanto o más que en los otros escritos del insigne literato, aquella gracia, aquel don de gentes del estilo que cautivaba a las personas de más opuestos gustos y opiniones, y consistía no sólo en el bello decir, sino también en la índole de las imágenes y conceptos.

Solían ser estas imágenes alegres, y esos conceptos piadosos y serenos; D. Juan fue un poeta apolínico, para aplicar al caso, estirándola un poco, la terminología nietzscheana, o acaso será mejor decir, recordando a Schopenhauer, que fue un poeta de la voluntad de vivir. Era un optimista, que es la filosofía de la salud y la fortuna, y la filosofía a que inclina el espectáculo de la antigüedad clásica y el trato con ella. No es el optimismo la filosofía más profunda, pero es la más amable. No obstante ser partidario de la alegría y del grato vivir, el autor de *Pepita Jiménez* no era un hedonista absoluto ni un epicúreo; su hedonismo relativo estaba limitado por cierto espiritualismo platónico de formas cristianas, pues Valera no rompió nunca abiertamente con la religión en que había nacido.

Ese optimismo de Valera nos deja una herencia de belleza riente y serena, de gracia helénica. Don precioso en tiempos en que tan a menudo oímos decir a pensadores y artistas lo que dice el Esopo de *Bárbara:* que la vida es cada día más triste. Por lo menos parecemos empeñados en entristecerla, aunque los tiempos en que vivimos no sean en resumen peores que los que quedan atrás, y en ellos se hayan suprimido o atenuado algunos motivos de dolor y tristeza.

[*La España Moderna,* CXCVII, 1905, págs. 180-187.]